

**Benito Juárez**

***Documentos,  
Discursos y Correspondencia***

**Tomo 12, capítulo CCXX**

Selección y notas de  
**Jorge L. Tamayo**

Edición digital coordinada por  
**Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva**

Tomo revisado y anotado por  
**María del Carmen Berdejo Bravo**

Versión electrónica para su consulta  
**Aurelio López López**



**Año 2006**

# **Tomo 12, capítulo CCXX**

**Anotado y revisado por  
María del Carmen Berdejo Bravo  
(UAM Azcapotzalco)**

## **Capítulo CCXX**

**La Ciudad de México capitula**

**Mayo y junio de 1867**

## **CCXX**

### **LA CIUDAD DE MÉXICO CAPITULA**

#### **MAYO Y JUNIO DE 1867**

No sólo por la dificultad de comunicaciones sino tal vez por un propósito intencional del general Porfirio Díaz, mantuvo al Gobierno Republicano ignorante de la marcha de los acontecimientos en torno al sitio de México. Es buena prueba de ello la carta de fines de mayo, con la cual se inicia este capítulo, en la que Juárez, con ansiedad, pide a Juan José Baz noticias sobre las operaciones.

El 20 de junio por telégrafo el general Porfirio Díaz informa que Leonardo Márquez ha sido eliminado del mando, sustituyéndolo el general Ramón Tabera, quien desea capitular, solicitando la garantía de vida e intereses de los sitiados. Transmite la petición y espera instrucciones. Ese mismo día se reúnen en Chapultepec el general Ignacio R. Alatorre, como único representante del ejército republicano y, por los sitiados, los generales Miguel Piña, Carlos Palafox y Manuel Díaz de la Vega, para formular el convenio que da fin a las hostilidades y la entrega de la plaza.

La rendición es incondicional y se establece un procedimiento para gradualmente ir ocupando la ciudad, probablemente con el propósito de evitar desórdenes. Los generales, jefes y oficiales se concentrarán en un local en espera de instrucciones del general Porfirio Díaz.

Seguramente este convenio debió haberse firmado a altas horas de la noche, porque a las tres de la mañana del día siguiente, 21 de junio, Porfirio Díaz comunica al gobierno que se dirige a la Ciudad de México para ocuparla y dar órdenes a fin de conservar la paz pública. Pide instrucciones respecto a la suerte de los prisioneros y encarece al gobierno se traslade lo más pronto posible a la capital.

El general Ignacio Mejía contesta unas cuantas horas después, felicitando a Porfirio Díaz y a las tropas a sus órdenes. Respecto a los presos, espera disponer de una lista para resolver lo conveniente, según el grado de responsabilidad en que hayan incurrido.

Por lo que hace a la tropa mexicana, autoriza se le ponga en libertad o se le refunda en las tropas republicanas; los de origen extranjero permanecerán en prisión en espera de las instrucciones que dicte el gobierno.

Con más calma, algunas horas después, pero el mismo día 21 de junio, envía Porfirio Díaz una comunicación al secretario de Guerra poniendo a disposición del gobierno constitucional la capital de la República y, a la vez, presentando la renuncia a las facultades omnímodas que se le habían conferido y también a la jefatura del ejército de Oriente, pidiendo se designe a quien lo sustituya.

Es extraña la conducta del general Díaz, pues nadie mejor que él mismo conocía la serie de problemas que ofrecía el futuro y la conveniencia de que los que habían actuado como líderes en la lucha rodearan al gobierno, para restablecer la administración.

A las seis de la mañana el general Porfirio Díaz, a la cabeza de sus tropas, ocupó la Ciudad de México, designando al señor Juan José Baz jefe político de la ciudad.

Una de las primeras disposiciones que emitió fue ordenar que todos los que hubieran desempeñado algún puesto público durante el imperio se presentaran en un término de 24 horas, sancionándose con la pena de muerte al que no lo hiciera.

En el antiguo Convento de Santa Brígida concentró a los generales, destacándose entre ellos Ramón Tabera, Santiago Blanco, Miguel Blanco, Vicente Rosas Landa, Ignacio Mora y Villamil, Agustín Zires y José Vicente Miñón. El Convento de Regina se destinó a los coroneles y demás oficiales de menor graduación y en el Convento de la Enseñanza Antigua, quedaron prisioneros los que habían sido funcionarios civiles, tanto en lo administrativo como en lo judicial. Fueron doscientos cincuenta los que se presentaron de este último grupo, destacándose, entre ellos, los siguientes:

Señor obispo don Agustín Carpena; Manuel Moreno y Jove, deán de la Metropolitana de México; Teófilo Marín; Tomás Murphy; Agustín Fischer; Agustín Rada, canónigo de metropolitano; Joaquín Primo de Rivera; José María Cayetano Orozco, prebendado de Guadalajara; Antonio Morán; Urbano Fonseca; José María Cortés Esparza; Crispiniano del Castillo; Alejandro Arango y Escandón; Juan Rodríguez de San Miguel; Jesús López Portillo; Manuel Orozco y Berra; Joaquín Degollado; José Ramón Malo; Domingo Llamas; Felipe Raygosa; Urbano Tovar; Basilio José Arrillaga, provincial de los jesuitas; José Mariano Dávila, jesuita; Antonio del Moral; José Ignacio Anievas; Antonio Fernández Monjardín; Miguel Martínez; José María Roa Bárcena; Ignacio Sepúlveda; Manuel Gamboa; Faustino Galicia Chimalpopoca; Vicente Ortigosa; Juan Ortiz Careaga; Pedro Sánchez Castro; Juan, Javier y Joaquín Cervantes; Mariano Galván Rivera y Juan B. Alamán.

El general Leonardo Márquez desapareció desde el 20 de junio, ocultándose en la fosa vacía de un cementerio; logró huir de la ciudad, llegar a Veracruz y embarcarse rumbo a La Habana, donde vivió por largos años, hasta que el régimen del general Porfirio Díaz le permitió su regreso a la Ciudad de México, en la que permaneció hasta el inicio de la Revolución Mexicana, en que regresó a La Habana para permanecer en ella hasta su muerte.

El señor José María Lacunza logró fugarse el día 5 de julio, disfrazado de ranchero, y acompañado por dos mozos llegó hasta la Huasteca, embarcándose en Tampico para los Estados Unidos, continuando después para La Habana, donde fijó su residencia.

A las seis de la mañana del día 8 de julio cayó preso el general Santiago Vidaurri en la casa número 6 de la calle de San Camilo, denunciado por un estadounidense que le había dado asilo en su casa, explotándolo por guardar silencio; cuando ya no le fue posible darle más dinero, lo entregó.

Fue conducido a Diputación, donde se le identificó y aplicándole el bando publicado el 21 de junio anterior, se le llevó a la plazuela de Santo Domingo, donde fue fusilado.

Al realizarse la ejecución, una banda de música que se encontraba en el lugar tocó "Mamá Carlota" y "Los Cangrejos", lo que motivó críticas de la misma prensa liberal, que ya había reanudado su publicación.

Ese mismo día, el cuartel general prorrogó el término para que se presentaran los jefes militares, funcionarios y empleados, hasta las seis de la tarde del día 9.

Alarmados por el escarmiento que representaba el fusilamiento de Vidaurri, se presentaron diversas personas, como el obispo de Ormaechea, el ministro Marín, el hijo de Vidaurri.

Tomando en cuenta que estaban enfermos y sobre todo la avanzada edad de ellos, el general Porfirio Díaz resolvió poner en libertad a quince de los presos sin perjuicio de la decisión que finalmente tomara el gobierno. Se destacan entre ellos el obispo Carpena, el deán Moreno y Jove, el doctor Arrillaga, el jesuita Dávila, el general Mora y Villamil, el ingeniero Orozco y Berra, Galván Rivera y Fernández Monjardín.

Jubiloso, Juárez envía numerosas cartas a los jefes militares, gobernadores y, en general, a los amigos de todos los rumbos del país. Su texto es muy semejante, por lo que hemos seleccionado la que envió al gobernador de Sinaloa, general Domingo Rubí. Es breve, concisa; pero se desborda en ella la satisfacción del triunfo.

El general Kampfner continúa preocupado por sincerarse por la conducta aparentemente débil que tuvo en el crítico año de 1865. Pide al presidente Juárez que se le juzgue de inmediato, pues ha decidido retirarse a la vida privada.

Ignacio M. Altamirano escribe a Juárez, desde Toluca a principios de julio, quejándose de que no ha recibido contestación de tres cartas anteriores. Dedicar largos párrafos para comentar la cada vez creciente pugna entre el general Diego Álvarez y Vicente Jiménez. Da una versión favorable a Jiménez y se empeña en presentar al general Diego Álvarez como celoso del prestigio del general Jiménez.

Al referirse a don Juan Álvarez, que está prácticamente en agonía, informa que el viejo patriota ha perdido la conciencia y que, en los

momentos de lucidez, llora como un chico al darse cuenta de las consecuencias de la división creada entre su hijo y el general Jiménez.

Los problemas continúan acumulándose en la mesa de trabajo de Juárez. Ahora el general León Guzmán es quien plantea su renuncia al cargo de gobernador y comandante militar de Guanajuato, molesto porque considera que el general Escobedo ha intrigado para separarlo de esos mandos.

Con el objeto de cubrir los gastos generales del gobierno, se asignó al estado de Guanajuato una cuota de 30,000 pesos, que el general Guzmán consideró injusta, por lo que está resuelto a no pagarla y que si el gobierno nacional se empeña en hacerla efectiva, pide se le nombre sustituto para que sea éste quien entregue esa cantidad. Como se ve, no es renuncia, sino enfrentamiento al gobierno nacional.

El general Diego Álvarez, a su vez, escribe el 24 de junio una larga carta al presidente Juárez, dando su versión respecto al fondo de la pugna que ya se hace notoria con el general Jiménez.

El tono de Diego Álvarez es enérgico, pero franco y claro, señala que las mismas proclamas del general Jiménez hacen pensar que su actitud corresponde a una subversión de carácter nacional.

La ciudad de Veracruz, que siempre estuvo amagada por los guerrilleros durante toda la etapa de la intervención francesa y del imperio, fue sitiada por tropas al mando del general Benavides, desde marzo en que se retiraron las tropas francesas del puerto de Veracruz.

Al enterarse los sitiados de que la Ciudad de México había capitulado y que, por lo tanto, Veracruz era ya la única población de importancia de la parte central del país en manos de imperiales, se fugaron los principales jefes, aprovechando la salida de barcos extranjeros. El general Luis Pérez Gómez, que había defendido la ciudad, decidió entregarla el 26 de julio a los cónsules, abandonando también el país.

Los cónsules extranjeros entregaron la ciudad al ayuntamiento.

No obstante los esfuerzos que hemos llevado a cabo para encontrar documentos y correspondencia epistolar en torno a la caída de Veracruz,



no lo hemos logrado, lo que es sensible, pues poco se han divulgado estos acontecimientos.

# **DOCUMENTOS**

**Mayo y junio**  
**De 1867**

JUÁREZ ANSIOSO DE SABER  
LO QUE OCURRE FRENTE A MÉXICO

San Luis Potosí, mayo 25 de 1867

Señor don Juan José Baz  
(Tacubaya)

Mi querido amigo:

Lo saludo a usted con el afecto de siempre y lo felicito por la ocupación de Querétaro.

Se están ya juzgando en Consejo de Guerra, conforme a la ley de 25 de enero de 1862, Mejía, Miramón y Maximiliano.

Estamos con suma ansiedad de saber qué pasa en ese campamento y espero que aprovechará toda oportunidad para decirme lo que ocurra de importancia.

Mis recuerdos afectuosos a Lucianita y ordene usted lo que guste su amigo afectísimo.

Benito Juárez

## LEONARDO MÁRQUEZ ELIMINADO DEL MANDO

Telegrama de Tacubaya para San Luis Potosí, junio 20 de 1867. Recibido a las nueve horas, nueve minutos de la noche

Ciudadano ministro de Guerra:

Ayer fue desconocido en México don Leonardo Márquez, habiéndolo sustituido en el mando de la plaza don Ramón Tabera, quien desde las tres de la tarde solicitó tener conmigo una conferencia, que se verificó hoy en la mañana. Tabera solicita la garantía de las vidas e intereses que no puedo ni debo conceder; pero ha sido tanta su insistencia de que se dé a usted conocimiento de su solicitud, que no he podido menos que hacerlo, tanto más cuanto que el aplazamiento de las operaciones, por el tiempo que tardaré en recibir la contestación de usted, no será en perjuicio nuestro.

Porfirio Díaz

## CONVENIO PARA OCUPAR LA CIUDAD DE MÉXICO

República Mexicana. Cuartel general de Oriente

El general de brigada del ejército Republicano, ciudadano Ignacio R. Alatorre, nombrado por el general en jefe del ejército de operaciones, ciudadano Porfirio Díaz, para ajustar la ocupación de la plaza de México, y los señores generales del ejército imperial don Miguel Pifia, don Carlos Palafox y don Manuel Díaz de la Vega, nombrados por el señor general en jefe de la mencionada plaza don Ramón Tabera, después de mostrar sus respectivos poderes y encontrarlos en forma, han convenido en los artículos siguientes:

1°—Cesan desde luego las hostilidades hasta la ratificación del presente convenio.

2°—Las vidas, propiedades y libertad de los habitantes pacíficos de la plaza quedan bajo la garantía y protección del ciudadano general Díaz.

3°—El señor general Tabera nombrará una comisión compuesta de tres personas, que pondrá la plaza a disposición del ciudadano general Díaz, en la forma siguiente: un empleado de Hacienda para este ramo, un general para las fuerzas imperiales y un jefe de artillería para el material de guerra. El general podrá ser el jefe del Estado Mayor. Igual número de personas serán nombradas por parte del ciudadano general Díaz para hacer la recepción.

4°—Las fuerzas imperiales, al ser relevadas en las líneas que ocupan, se reconcentrarán en la Ciudadela, donde quedarán reunidas para

su entrega, la contraguerrilla Chenet se acuartelará en San Pedro y San Pablo, y las demás fuerzas extranjeras en el Palacio.

5º- Los señores generales, jefes y oficiales, conservarán sus espadas y se presentarán en los locales que se designe a la hora que acordarán los señores generales en jefe. En dichos locales permanecerán hasta que el ciudadano general Díaz reciba instrucciones. Los artículos anteriores se ejecutarán a la hora que se fije, después de ratificado el presente convenio, del que se sacan dos ejemplares.

Chapultepec, junio 20 de 1867.

Ignacio R. Alatorre  
Manuel Díaz de la Vega

Miguel Piña  
Carlos Palafox

Ratificó este convenio.  
Porfirio Díaz

Ramón Tabera

PORFIRIO DÍAZ OCUPA MÉXICO  
Y LLAMA AL GOBIERNO

Telegrama de Tacubaya para (San Luis) Potosí, junio 21 de 1867.  
Recibido a las tres horas tres minutos de la tarde

Señor ministro de Guerra:

Tengo el honor de participar a usted que la plaza de México se ha rendido y sus defensores quedaron como prisioneros de guerra a disposición del Supremo Gobierno. En este momento salgo para la ciudad, con objeto de dictar órdenes convenientes para la seguridad de la tranquilidad pública. Sírvasse usted poner lo expuesto en el superior conocimiento del ciudadano presidente de la República, para que se sirva disponer lo que crea conveniente resolver de los prisioneros, suplicándole encarecidamente que se digne apresurar la traslación del gobierno a la capital.

Porfirio Díaz



EL GOBIERNO FELICITA A DÍAZ  
Y A SUS TROPAS

San Luis Potosí, junio 21 de 1867

Ciudadano general Porfirio Díaz  
México

El ciudadano presidente de la República se ha impuesto con satisfacción del telegrama de usted de hoy, en que comunica el hecho importante de la rendición de la Ciudad de México, por el que felicita a usted y a las fuerzas de su digno mando.

En vista de la relación que me manda usted de los presos, que hayan figurado en el ramo militar o en el civil, resolverá lo conveniente.

Respecto de los individuos de la clase de tropa de origen mexicano, podrá usted refundirlos en las fuerzas de su mando o ponerlos en libertad, según la calificación que haga usted de sus circunstancias.

A los de la clase de tropa, de origen extranjero, los conservará usted a disposición del gobierno, dando conocimiento de su número, con las explicaciones oportunas acerca de sus antecedentes.

El gobierno tomará en consideración lo indicado por usted, sobre su traslación a esa ciudad.

(Ignacio) Mejía

PORFIRIO DÍAZ COMUNICA EL TRIUNFO Y, A LA VEZ,  
RENUNCIA COMO GENERAL EN JEFE  
DEL EJÉRCITO DE ORIENTE

Ciudadano ministro de Guerra

Ciudadano ministro:

Felizmente terminada la gloriosa guerra que la nación ha sostenido contra la intervención extranjera, en el dilatado período de cerca de seis años, con la rendición de la capital de la República al ejército que tengo la honra de mandar, según comunico a usted en oficio separado de esta fecha, he llenado mi primer deber, poniéndola a disposición del Gobierno Supremo constitucional de la República.

Paso a cumplir con el segundo, manifestándole que, considerando ya innecesarias las facultades omnímodas que me ha conferido e inútil mi permanencia en el encargo de general en jefe del ejército y línea de Oriente, que sin merecimiento mío me encomendó, hago formal dimisión de dicho cargo, dando al presidente y su digno ministro las más rendidas gracias por la confianza con que me han honrado y suplicándoles se sirvan designarme la persona que deba substituirme en el mando de este ejército.

Protesto a usted mi distinguido aprecio y alta consideración.

Independencia y Libertad. Tacubaya, junio 21 de 1867.

Porfirio Díaz

## JUBILOSO, JUÁREZ DA BUENAS NUEVAS A RUBÍ

San Luis Potosí, junio 22 de 1867

Señor gobernador don Domingo Rubí

Mi querido amigo:

En el impreso adjunto verá usted que México se rindió el día de hoy. Felicito a usted por este importante suceso.

El día 19 del corriente fueron fusilados Maximiliano, Miramón y Mejía.

Sin tiempo para más, Me repito su amigo afectísimo que besa su mano [q. b. s. m.].

Benito Juárez

EL GENERAL KAMPFNER LE PIDE A JUÁREZ  
SE LE JUZGUE

Tepeji del Río, junio 3 de 1867

Señor presidente don Benito Juárez  
Donde se halle

Mi respetable señor presidente:

Por los ministerios respectivos recibirá usted el contenido de una nota, que con esta fecha dirijo a ellos; pido en ella que se me juzgue, pues llegado es ya el tiempo de que el gobierno sepa el comportamiento de sus ciudadanos; antes no había podido dar este paso por varias razones y, entre otras, porque, al hacer por la prensa aclaraciones, hubiera caído en poder del llamado imperio una dama que está en México depositada y de la que el gobierno tiene conocimiento; quiero, pues, antes de solicitar retirarme a la vida privada, que el Gobierno Supremo sepa que no he sido indigno de su confianza.

Yo estoy encargado de la línea que resguarda el camino de Tlalnepantla a Arroyo Zarco y permanezco en este punto en donde el gobierno puede mandarme sus órdenes.

Deseo, señor presidente, que se conserve usted bueno, que pronto tengamos el placer de verlo por estos puntos, en donde se le espera con impaciencia y que disponga usted como guste de su servidor afectísimo q. b. s. m.

Juan M. Kampfner

SE AHONDAN LAS DIFERENCIAS  
ENTRE DIEGO ÁLVAREZ Y JIMÉNEZ

Toluca, junio 9 de 1867

Señor presidente de la República, don Benito Juárez  
San Luis Potosí

Mi respetable amigo y señor:

Aunque he escrito a usted tres cartas sin haber obtenido contestación, cosa que me ha afligido, pues pienso que, por algún motivo que no conozco, puedo haber incurrido en su desagrado, me dirijo a usted de nuevo a causa de un asunto de trascendencia para mi pobre estado de Guerrero.

El señor general Jiménez me escribe con fecha 3, de Iguala, encargándome dé a usted cuenta de sucesos que allí tienen lugar, bastante desagradables.

Como yo me vine de Querétaro a esta ciudad, a curarme de una disentería aguda que me atacó en aquel campo y que no me curé a tiempo, por no abandonar mi puesto, aquí he estado bastante grave, no habiendo podido ir ni a Querétaro a fines del mes pasado, a donde me llamó por el telégrafo el señor general Escobedo, para que yo instruyese la causa de Maximiliano y sus cómplices.

Por esa misma razón, ignoro con qué fecha se separaron del ejército de Oriente el señor Álvarez y el señor Jiménez con sus respectivas fuerzas; pero sé que se marcharon al sur y que el señor Álvarez lo determinó así, dando orden al señor Jiménez. Esto fue también a fines del mes pasado.

Pues bien, usted sabrá que el señor Jiménez vino a esta ciudad con la brigada, por orden del señor Álvarez y de acuerdo con el señor Riva Palacio, a quien dirigió la comunicación respectiva que existe en poder de este jefe, así como la que dirigió al señor Jiménez, ordenándole se incorporase a la división del primer distrito del estado de México. Menciono a usted este particular porque sé que el ministerio de la Guerra está en la equivocación de que el señor Jiménez se sublevó contra el señor Álvarez, por influencia del señor Riva Palacio y se vino a esta división sin orden.

Semejante informe es absolutamente inexacto e infundado y, cuando sea menester, obtendrá la convicción de lo contrario, mirando las comunicaciones a que aludo, originales firmadas por don Diego y, además, la correspondencia de éste con el general Riva Palacio y con el señor Jiménez sobre el particular.

Las diferencias que había entre ambos jefes, y de que hablé a usted largamente en San Luis (Potosí), se habían arreglado desde Iguala, conciliándose al parecer los ánimos y no quedaba de ellos, sino el negro rencor que ha conservado don Diego, cuya enemistad para con el señor Jiménez es antigua, a consecuencia de razones que usted no ignora.

Así, pues, queda sentado que el señor Jiménez no ha dado un solo paso sin orden del señor Álvarez y si éste ha producido un informe contrario al gobierno, se le puede convencer de falsedad con sus propios documentos.

Ahora bien, llegó el señor Jiménez al campo de México, como digo a usted, y de allí se separó para irse con la división del Sur para mi estado.

Según me escribe, en el camino de San Gabriel a Iguala recibió carta de don Diego, para que, mandando hacer alto a su guerrilla de caballería, se avanzase para hablar con él. El señor Jiménez obedeció, no recelando que esta orden podía ocultar un lazo infame, tanto más infame cuanto más elevado es el carácter del que lo tendía y, en una época como ésta, en que no pueden esconderse hechos terribles, que más fácilmente pudieron perpetrarse en la oscuridad de otros tiempos.

El señor Jiménez iba a alcanzar a don Diego cerca de una ranhería llamada Tepetlapa, cuando supo y vio que don Diego se había emboscado en una barranca con su fuerza, con el intento de echarse sobre él.

Semejante perfidia, le hizo tomar sus precauciones y avanzó con su brigada hacia Iguala, a donde llegó, por fin, sin novedad. Allí se encontró con que don Diego había librado órdenes a otras fuerzas para que vinieran a incorporársele y para que en ningún pueblo se suministrase recurso de ninguna especie a la primera brigada. Estos motivos y la actitud hostil que guardaba don Diego, han obligado al señor Jiménez, en defensa de su vida amenazada y por un hombre como Álvarez, a tomar ciertas precauciones, sin las cuales, es evidente, que habría perecido ya.

Se mantuvo en la plaza de Iguala y don Diego avanzó sobre él, tal vez para batirlo. Es seguro que a estas horas ha habido algo grave, porque todas las circunstancias lo indican así y usted comprenderá cuán importantes y fatales consecuencias puede tener esto en el estado y en el país todo, porque aunque esta diferencia es puramente local, el carácter del país, el odio de los pueblos a su despótico gobernante y todo dará a esa lucha una recrudescencia espantosa.

También sé que el ministerio de la Guerra tiene la preocupación, por informes seguramente, de que yo he tenido gran parte en esas diferencias. Esto no es exacto tampoco y si el señor ministro conociese mi estado y a sus hombres y hubiera estado al tanto de los acontecimientos que allí tuvieron lugar en estos cinco años, opinaría de otro modo, pues su ausencia del país y el no haber oído más que a don Diego, hace que pueda haber sido engañado fácilmente.

Tiempo vendrá, y no está lejos, en que este asunto se debatirá por medio de la prensa y ante quien corresponda y entonces verá de parte de quién está la verdad de los hechos y de parte de quién los servicios al país, luego que vea documentos irrefragables y testimonios de personas a quienes no se puede recusar.

Pero, entretanto, la situación de Iguala no puede ser más fatal, usted sabe ya, señor, por los partes que habrá recibido, cuál ha sido la conducta del señor Jiménez y de su heroica brigada en el sitio de

Querétaro, durante el cual sostuvo cinco terribles combates gloriosamente, a costa de numerosas pérdidas. Esto le valió varias menciones honoríficas y la admiración de sus compañeros, así como los testimonios de consideración de sus jefes, habiendo sido apellidado héroe por los señores generales Escobedo y Corona. Pues bien: ¿esta honra que refluyó en honor del estado, no debía haber, a falta de otra cosa hecho olvidar a don Diego sus resentimientos, particularmente cuando ve en el señor Jiménez a un subordinado modesto, sumiso y destituido de ambición?

Pero al contrario. A medida que el señor Jiménez obtiene más prestigio y más gloria, los celos y la ruin envidia de don Diego se acrecientan. El tiempo de las elecciones para gobernador se acerca en Guerrero, pues don Diego ha prometido al pueblo en un decreto, que, cuando el estado todo estuviese libre de los enemigos de la nación, las elecciones tendrían su verificativo y teme la presencia de un rival quien las virtudes cívicas han designado ya de antemano. Don Diego no contará con el sufragio, porque aquel viejo poder de hierro con que contaba antes está quebrantado y no cuenta tampoco con el cariño de los pueblos, que su anciano padre se había conquistado por su política y sus ilustres antecedentes. Este es el verdadero motivo de que quiera deshacerse del señor Jiménez a toda costa.

El señor don Juan, reducido a un estado automático, nada puede hacer en estas circunstancias más que llorar como un chico cuando, en momentos de lucidez, comprende los males que esta división acarreará al estado.

No queda, pues, más recurso que acudir a la paternal autoridad de usted para que remedie esto con sabiduría, con su respetable voz, que no ha sido hasta aquí, entre nosotros, más que la voz de la concordia y de la unión. El señor Jiménez está muy lejos de querer el mando del Sur. Sólo quiere que no se cometa un horrible crimen en su persona, ni se le paguen sus largos e intachables servicios con la Isla de Caballos o con el asesinato, que sería el único que tendría lugar aquí.

Él ha puesto de su parte cuantos medios ha podido para lograr la paz y la conciliación. Yo, a quien se daba por el móvil o causa de esto,



pues se decía que mi presencia en el estado era la que alarmaba a don Diego, me he proscrito y estoy resuelto a no volver más al país en que nací. ¿Qué más se quiere? Ni siquiera hablo de mis servicios eclipsados adrede por don Diego, ni de mi conducta militar de un año a esta parte, en cuyo tiempo tengo el honor de haber asistido a algunas batallas, ya mandando, ya como subordinado y siempre victorioso. No, nada de esto alego para volver a la tierra de mis padres, quiero que mi humilde persona se olvide; pero ruego a usted, en bien de mi país, que remedie aquel mal conciliando los ánimos. El gobierno está hoy en posición de destruir estos poderes feudales que algunos hombres han ejercido en los estados, para ruina de ellos o al menos para poner coto a sus procederes tiránicos, haciéndoles que se conformen al sistema republicano. Yo tengo en consideración, para suplicar a usted esto, los males que causaría el rencor de don Diego, que por otra parte, si exaspera a Jiménez, puede darse por perdido. En segundo lugar, que en estos momentos debemos presentarnos compactos y unidos ante la nación para hacer posible la paz, cuyo fundamento es la concordia. En tercer lugar, la ancianidad del general Álvarez, que es ajeno a las preocupaciones de su hijo, tanto más cuanto que siempre ha profesado un cariño profundo al señor Jiménez, hasta el punto de suscitar celos a don Diego.

Perdone usted mi larga carta, pero el motivo de ella no puede ser más importante y sé que usted me excusará en gracia del objeto que me guía.

He escrito un folleto a propósito de la nota de Mr. Campbell y tengo el honor de enviárselo.

Soy, señor, como siempre su afectísimo amigo.

Ignacio M. Altamirano

LEÓN GUZMÁN INSISTE EN RENUNCIAR

Guanajuato, junio 12 de 1867

Señor presidente don Benito Juárez  
San Luis Potosí

Muy estimado y respetable amigo:

Me resuelvo, con profunda pena, a hablar a usted de negocios que tienen relación con mi persona; pero no lo hago en interés mío, sino por lo que al servicio público puede importar.

Usted sabe que si algo presidió a mi nombramiento de gobernador, no han sido pretensiones mías, y acaso tendrá usted presente que, de seis años a esta parte, mi única aspiración ha sido no tener injerencia en la política.

Supongo recordará usted que acepté el nombramiento de general con calidad de que había de servir con las armas y bajo esta inteligencia ofrecí que, prescindiendo de mi propia voluntad, obraría como verdadero soldado.

Este ofrecimiento mío se hizo valer para mi nombramiento de gobernador y comandante militar de Guanajuato, con el que me conformé y hasta el día de hoy estoy ejerciendo esos honoríficos cargos. No me toca calificar si he correspondido o no a las intenciones del gobierno; pero no hay uno solo de mis actos del que no pueda y esté pronto a dar cuenta.

Desde antes de la ocupación de Querétaro se suscitaron entre el señor general Escobedo y yo algunas diferencias, de las que, al menos en una pequeña parte, usted tiene conocimiento.

Desde entonces he tenido datos de que el señor Escobedo trabaja por separarme del estado; su deseo ha sido sustituirme con el señor general Antillón y en poder de usted hay documentos que sirven muy bien para fundar este juicio; yo tengo algunos otros.

Se ha trabajado —y en ello anda la mano del señor Escobedo— por hacer aparecer que la opinión pública del estado me rechaza. Se han ido a imprimir en San Luis (Potosí) cargos, que usted que me conoce bien y sabe cuáles son mis verdaderos defectos, está en aptitud de calificar. Se le han elevado a usted otros cargos en una exposición, en la que hay firmas supuestas. Se trabaja con empeño por crearme una situación difícil y nada menos el pedido de \$ 30,000 es una red que se me tiende para fundar una acusación. Todo esto sin perjuicio de otros manejos que acaso revelaré en otra ocasión.

Sin cometer yo el crimen de bajar al terreno en que se me combate, tengo medios legales y muy eficaces para confundir a los muy pocos que me hacen la guerra. Pero quiero otra vez más contestar a sus ataques con actos de prudencia y de positivo patriotismo; quiero probarles con hechos que no me dejo arrastrar de pasiones o, más bien, que en política no las tengo.

En mi mano está conservarme, y con gloria y honor, en el gobierno del estado; en mi mano está también ser nombrado, y casi por unanimidad, gobernador constitucional. Para esto último no necesitaría más que dar mi consentimiento, que he negado y seguiré negando de una manera decidida. Mi aspiración única es la vida privada y usted sabe que suelo perseverar en mis resoluciones.

La presente carta tiene, pues, por objeto disponer el ánimo de usted para que se sirva admitirme la renuncia, que haré muy pronto, de los cargos que por su voluntad ejerzo y del de general de brigada con que se sirvió honrarme.

Podría creerse que mi separación es un acto de cobardía. Para probar lo contrario daré cuenta minuciosa de todos mis actos, rendiré cuentas justificadas de todo lo que se ha gastado y permaneceré en el interior todo el tiempo necesario, para contestar a todos y cualesquiera cargos que se me quieran hacer.

Permítame usted que agregue una palabra respecto de la orden de \$30,000 a que me refiero en comunicación oficial. Creo que esa orden es injusta; creo que el estado no la puede cubrir sin inmenso sacrificio, creo que ha sido dictada para crearme una situación imposible. Por tales motivos, estoy resuelto a no pagarla; de manera que si usted se sirve disponer que la cubra, es necesario que otra persona sea la que lo verifique. Ruego a usted se sirva creer que obro con buena intención al asegurarle que estoy resuelto a aceptar cualquiera responsabilidad antes que ser yo el que pague los \$ 30,000.

Disimúleme usted si le doy malos ratos; pero lo hago para evitar otros de mayor trascendencia. Usted sabe que tengo un pasado sin mancha; de mi presente no estoy descontento; tengo amigos, tengo relaciones, disfruto un regular concepto. Acaso estos elementos me servirían de algo en el caso de que quisiese seguir los instintos del amor propio. Estamos en vísperas de una época tormentosa y si en la guerra nacional que va a terminar he tenido la desgracia de hacer muy poco, quiero disfrutar la satisfacción de que mis pasiones no entren por nada en la tormenta que se va a desatar. ¿Será usted demasiado generoso para concederme esta modesta gloria, que es la única a que aspiro? Lo espero confiadamente y apelo, para ello, a esa marcada benevolencia con que en distintas épocas se ha dignado usted distinguirme.

Quedo de usted, con francos sentimientos, afectísimo y muy respetuoso amigo.

León Guzmán

DIEGO ÁLVAREZ SE DEFIENDE DE LOS CARGOS  
DE ALTAMIRANO Y JIMÉNEZ

La Providencia, junio 24 de 1867

Señor presidente licenciado Benito Juárez  
Querétaro

Mi estimado amigo y señor de mi consideración:

De las inmediaciones de Iguala escribí a usted el día 11, por conducto del ciudadano general Francisco Leyva, dándole cuenta del estado que guardaba la rebelión del general Jiménez y de que se le había unido Juanchito Vicario con 300 traidores.

En la tarde del 12 recibí aviso del ciudadano general Nicolás Pinzón de que estaba en Tonalapa, distante cinco leguas de Iguala, con 350 hombres de auxilio. En el acto le previne que estuviera a las cinco del día 13 en la cuadrilla de Metlapa, distante poco menos de dos leguas de Iguala, a la que iba a enviar una fuerza para que protegiese su incorporación al campamento que yo ocupaba.

Llamé al ciudadano general Eutimio Pinzón y le previne que alistase 200 hombres de un solo cuerpo y no de varios, y que a las órdenes de un jefe de confianza los hiciese marchar a la una del día 13 a Metlapa, para estar allí a las cinco, dándoles las instrucciones convenientes. El expresado general, entusiasmado por la venida de su hijo, escogió 200 hombres de varios cuerpos y él mismo salió con ellos para Metlapa a las doce de la noche del 12, sin avisármelo previamente, pues ya estando en marcha me mandó decir que él iba a encontrar a su hijo y que los mayores de la 2ª y 3ª brigada de la división tenían instrucciones suyas sobre la vigilancia del campamento, ínterin regresaba. A la

una de la tarde del 13 me presentaron una mujer que decía haber visto el cadáver del general Eutimio Pinzón. Examinada por mí, me informó que había visto que lo conducían para la plaza en una mula aparejada y que iba en paños menores, sin botas y sin calcetines. Dudé de la noticia porque no se había presentado ningún disperso como acontece en estos casos, ni había recibido aviso de ningún género de ese desastre. Poco después llegaron, una en pos de otra, dos mujeres que, examinadas separadamente, dieron la misma noticia, agregando una de ellas que el cadáver estaba tirado en el corredor de la tienda de don José del Pilar Parra, comerciante muy conocido en Iguala, sirviendo de befa y escarnio a los ladrones que acaudilla el muy conocido Figueroa. Entonces no pude dudar ya de la noticia y dispuse levantar el campo desde luego, para evitar la desmoralización de la tropa.

Preparaba este movimiento cuando se me presentó un individuo que dijo ser oficial de los que venían con el general Nicolás Pinzón y me dio un recado de éste avisando que se encontraba con 50 hombres en el cerro inmediato de las Tres Cruces, al sur de la ciudad. Le escribí ordenándole que diese el frente a ésta para proteger la reconcentración y organización de la fuerza en el llano contiguo, pues convenía retirarse en el acto. Contando con esto dispuse la retirada, que se verificó enseguida a pesar de los embates de la caballería de Figueroa por el flanco derecho y de la del traidor Vicario por el izquierdo, y de la infantería y artillería enemiga que por la retaguardia venía sobre nuestra fuerza. En esta retirada sólo hemos perdido tres cargas de parque, una de fusiles y los equipajes, porque, espantadas las mulas por el fuego, echaron a correr para el llano, tirando la carga y unos cuantos soldados enfermos heridos y cansados que tomaron prisioneros los rebeldes traidores. Ya en la cima del cerro no supe el paradero del general Nicolás Pinzón y, por la falta de suficientes pertrechos para batir al enemigo con buen éxito y porque la tropa costeña estaba generalmente en mal estado de salud por consecuencia de las fatigas de una campaña de seis meses en climas fríos, dispuse retirarla a sus distritos para que descansase y organizar nuevas fuerzas para combatir a los rebeldes y traidores que están unidos, como he dicho antes. En consecuencia, yo con 200 hombres tomé el

derrotero de Tlacotepec y caminando por la sierra he llegado aquí a las doce del día de ayer.

Ningún parte oficial ni carta confidencial con relación al desastre de Metlapa he recibido del general Nicolás Pinzón, quien según supe en el camino había tomado para el distrito de Mina, del cual es prefecto y comandante militar. Diversas versiones se me han dado sobre ese suceso, pero la más acreditada es que el general Eutimio Pinzón, antes de incorporársele su hijo, rechazó al enemigo en Metlapa y que reunido ya con su fuerza, regresaban al campamento con la mayor confianza, cuando se presentó Figueroa con la caballería haciendo fuego y que sin embargo no organizó la fuerza ni mandó contestar los fuegos. Que en ese lance, se presentó Figueroa a quien hizo fuego con su pistola y, estando a su frente, recibió por la espalda un balazo disparado por el ladrón Linares y enseguida fue macheteado y alanceado por los demás salteadores. De este modo terminó su vida este valiente jefe que combatió con tanto heroísmo en el sitio de Zaragoza en 863 y en el asalto del Fuerte del Carmen el 2 de abril próximo pasado, defendiendo la libertad e independencia de su patria.

Incluyo a usted tres impresos que contienen el acta que levantaron los rebeldes en Iguala, una proclama y la inserción de una carta del general Jiménez a su hijo, relativa a los sucesos ocurridos el día 13, que exagera y desfigura procazmente, pues yo protesto a usted que la anterior relación es lo que realmente pasó.

En el acta verá usted los cargos que se me hacen y han servido de pretexto al general Jiménez para cumplir sus ambiciosos designios que sostienen una horda de ladrones y asesinos, bastante conocidos por sus crímenes en la cañada de Cuernavaca, pues no existe, entre los que firman el acta, una sola persona de consideración y notoria honradez de los muchos que residen en Iguala en el mismo lugar en que se hallan rebeldes.

Dice el general Jiménez que no existe el Tribunal Supremo de Justicia, que se han derrochado los intereses nacionales, que en vez de castigarse a los traidores figuran en los puestos públicos, que he sofocado la emisión del pensamiento, desterrando a patricios distinguidos y que

quise marchar al extranjero desertando de las filas republicanas. Ese jefe ha faltado a la verdad a sabiendas.

Él sabía, porque yo se lo dije repetidas veces, que encargué al licenciado Altamirano la formación del Tribunal Superior, ofreciéndole la presidencia y se negó bajo el pretexto de que iba a combatir por la independencia nacional, lo cual nunca hizo en los días de conflicto como lo sabe todo el estado y sólo se presentó a última hora cuando no podía haber duda de la retirada de los invasores. Sabía también que hice igual ofrecimiento al licenciado don José B. Espejo y que no pude lograr que aceptara y sabía, por último, que al estado nunca habían querido venir abogados, porque los sueldos que tienen asignados por la ley son bien mezquinos. Baste decir a usted que en tiempos normales estuvo encargado del gobierno interinamente y no pudo conseguir que hubiese un solo abogado en el Tribunal Superior.

El gobierno ha publicado mensualmente los cortes de caja practicados por la Tesorería general y en ellos puede verse si hay un solo gasto que no haya sido absolutamente necesario. Por el contrario, durante mi administración, a fuerza de orden y economías, se ha podido comprar armamento, parque y otros artículos de guerra y, como he manifestado a usted otra vez, se ha auxiliado con armas al ciudadano general Díaz, al ciudadano general Régules y al ciudadano general Riva Palacio.

A esto se contesta y procura vulgarizar desde hace algún tiempo para desvirtuar y desacreditar al gobierno, que ha contado con los recursos de la aduana marítima. Pero se calla maliciosamente que con los mismos se ha contado muchos años antes de mi administración y sin embargo no pudo lograrse la consecución de dichos artículos.

No es cierto que figure en los puestos públicos un solo traidor, de ello puede dar testimonio todo el estado. El que falta a la verdad de esa manera tan villana, sí es reo de un delito, pues puso en libertad y hace funcionar en sus empleos a los oficiales que se trajo presos de Querétaro y en sus filas milita Vicario con 300 traidores.

Dice que he sofocado la emisión del pensamiento y en esto, como en todo, falta a la verdad. La prueba palmaria de esto es que aquí no tengo ninguna imprenta, que ésta y los impresores existen en Tixtla y



todo ha estado a merced suya. Por esto se ve que el periódico oficial del estado y otro que se intituló *La Voz del Pueblo* contienen innumerables artículos que no son otra cosa que laudatorios del general Jiménez, escritos por su hijo Rafael, pues ni siquiera se ha tenido el pudor de que otro los firmase. Es cierto que mandé suspender la publicación de ese periódico y que saliera del territorio del estado el licenciado Altamirano, pero esas providencias las dicté porque, bajo el pretexto de la defensa nacional, se procuraba introducir la anarquía con miras siniestras y de esto era el principal promovedor el licenciado Altamirano, según quedó usted instruido por el expediente que le presentó el coronel Montúfar, cuyo expediente tomaron los rebeldes, pues iba en las cargas. Pero lo vio usted y lo leyó, lo vio el señor don José del Pilar Parra, el general Berdejo y multitud de personas de crédito y honradez.

El cargo de que intenté desertar de las filas republicanas, no merece refutarse.

Esta es la verdad de los hechos y estoy seguro de que nadie se atreverá delante de mí a negar su autenticidad.

Más aún, suponiendo que fuesen ciertos los cargos que hace al gobierno del estado el general Jiménez, él debió elevar su queja al supremo de la República y no promover una sedición militar a mano armada, llamando en su apoyo a los traidores, contra quienes pocos días antes habían combatido las tropas republicanas del distrito de Cuernavaca. Yo ruego a usted que fije su atención en este negocio, pues si el Supremo Gobierno lo mira con indiferencia, pasándolo desapercibido, no será posible en el porvenir ningún orden legal en la República y los motines se sucederán unos a otros como antaño, con descrédito del mismo Supremo Gobierno.

La audacia con que el general Jiménez anuncia en su proclama que no está solo, indica que algo se trama; fíjese usted bien en esto y procure descorrer el velo a ese misterio.

Creo que el Supremo Gobierno, si no está ya en la capital, pronto estará. De consiguiente se hallará en aptitud para atender al estado en esta grave emergencia. Ruego a usted, por lo mismo, que me comunique sus

superiores disposiciones para hacer que se acaten por las tropas leales al Supremo Gobierno.

El señor mi padre, me encarga saludar a usted afectuosamente y yo me repito como siempre su atento amigo que le apetece todo género de bienes.

Diego Álvarez

LOS JEFES IMPERIALES DE VERACRUZ  
NO ACEPTAN RENDIRSE A DISCRECIÓN

Veracruz, junio 26 de 1867

Con profundo pesar he tenido conocimiento de las conferencias abiertas hoy en la finca del Gasómetro, entre los señores general don Pedro Baranda y coronel don Francisco de P. Milán, por parte de las fuerzas del digno mando de usted, y los señores tenientes coroneles don Luis del Toro y don Ángel Arzamendi, representantes de la guarnición y don Gerónimo Baturoni, asociado a ellos por ésta y la población.

Inmediatamente he hecho conocer a los señores generales, jefes y oficiales, la condición impuesta de rendirse a discreción.

La guarnición de esta plaza unánimemente me ha contestado que su deseo es el de evitar la efusión de sangre; el de no erigirse en facción alguna, el de no hacer partícipe a la población de males mayores y si ha tratado de llegar a un avenimiento, con las fuerzas que son a sus órdenes, es porque cree firmemente que obedece a la voz de la humanidad y el deber.

Al tener conocimiento de las bases acordadas entre usted y yo, como representante de la guarnición, esta última descansó en que las concesiones hechas por usted tendrían el valor y el carácter oficial que los contrayentes les impriman y la guarnición sabe con sorpresa que se le exige rendirse a discreción.

La guarnición de Veracruz no puede aceptar semejante exigencia. El imperio no existe y por consiguiente no pueden ser defensores legales del imperio los defensores de Veracruz; pero el derecho de gentes está vivo, señor general, y no se puede privar, respetándolo, a una guarnición que ha dado espontáneamente el primer paso para llegar a la paz de la

vida y la libertad de cada uno de los individuos que la componen, así como la de los que forman la administración política y municipal.

En consecuencia, señor general, la plaza de Veracruz mantiene su actitud defensiva en defensa de la vida y la libertad de los individuos que la forman, no ejercerá acto agresivo sobre el campo de usted y tan luego como se le garantice la vida y la libertad de una manera categórica y estable, se pondrá a disposición del Supremo Gobierno nacional.

Espero y, como yo, esperan todos los señores generales y jefes que suscriben, que usted dará a conocer a la superioridad esta determinación y que tomando en cuenta los graves daños que resentiría la población pacífica e indefensa, se servirá darnos a conocer su última resolución.

B. Bureau; Tomás Marín; el general Mariano Camacho; el coronel jefe de la infantería, Manuel J. Llorente; el coronel comandante militar, Juan J. Jáuregui; el coronel de la caballería, E. Figuerero; el teniente coronel Vicente Sánchez; el teniente coronel J. E. Sudrict; el teniente coronel Julio Sánchez; el teniente coronel Ángel J. Arzamendi; el teniente coronel comandante de artillería, Lorenzo Roji; el teniente coronel Jorge Murcia; el comandante de escuadrón, Víctor María Mana; el comandante Manuel María Ramela; el comandante Julián Montamar; el comandante del batallón de Orizaba, Manuel Álvarez Azores; el comandante de artillería de Marina, Pedro N. Morelos; el comandante Manuel Linarte; el capitán Miguel Salcedo; el capitán Juan Jiménez.

Nota: La fortaleza de San Juan de Ulúa reconocerá también y se pondrá a disposición del Supremo Gobierno, hecha la misma concesión de libertad y vida a su guarnición.

Bureau

Es copia que certifico. Casa-Mata, junio 26 de 1867.

R. B. Suárez  
Secretario

EL GENERAL ALEJANDRO GARCÍA SÓLO ACEPTA  
QUE LA PLAZA DE VERACRUZ SE RINDA A DISCRECIÓN

Ciudadano general en jefe de la 1ª brigada del estado  
y de las fuerzas sitiadoras de Veracruz

Presente

Impuesto de la comunicación que me ha acompañado usted anoche, dirigida y suscrita por los jefes de las fuerzas sitiadas en Veracruz, manifiesto a usted, en contestación, que como soldado, no me toca discutir los puntos que ella contiene, porque sólo tengo que cumplir las órdenes terminantes que con repetición me ha comunicado el cuartel general de que depende esta división. Sujetándome a éstas, tengo necesidad de exigir que la plaza se rinda a discreción, lo cual de ninguna manera debe considerarse contrario al derecho de gentes, por ser el único punto que en toda la República, y hasta contra la voluntad de la misma localidad, se mantiene en armas contra la nación entera, sin que se pueda decir que defiende algún principio.

Así, pues, se servirá usted contestar a la nota del señor Bureau y de los jefes de las fuerzas sitiadas, que de ellos depende el que cese la situación aflictiva de la plaza, rindiéndose a discreción, en la confianza de que el Supremo Gobierno nacional ha sabido distinguir a los que, oyendo la voz de la razón, han dado un paso semejante, de los que, faltando a toda consideración, han pretendido resistirle hasta un extremo imprudente y temerario.

Se servirá usted señalar, como término perentorio, las horas que crea necesarias, para que la guarnición de Veracruz acepte o no las indicadas proposiciones, pasado cuyo término volverá usted a declarar

rotas las hostilidades, continuando en sus operaciones hasta lograr la ocupación de la plaza.

Independencia y Libertad. Campo frente a Veracruz, junio 26 de 1867.

Alejandro García

Es copia que certifico. Casa-Mata, junio 26 de 1867.

B. Suárez  
Secretario

LOS JEFES IMPERIALES DE VERACRUZ HUYEN

Remitido de Casa Mata, junio 26 de 1867

Recibido en México, junio 27 de 1867, a las cinco y veinte minutos de la tarde.

Ciudadano general don Porfirio Díaz:

Anoche se han embarcado ocultamente Bureau y Herrán. Mañana por la mañana lo hacen las fuerzas extranjeras. La situación ha sido entregada a los cónsules, y éstos, tan luego como salgan aquéllas, la entregarán al ayuntamiento, quien la pondrá a disposición de nuestras fuerzas. Procuraré dar a usted aviso oportuno del resultado.

(Alejandro) García

LAS FUERZAS EXTRANJERAS  
ABANDONAN VERACRUZ

Remitido de Casa Mata, junio 26 de 1867

Recibido en México, junio 27 de 1867, a las cinco y venticinco minutos de la tarde

Ciudadano general don Porfirio Díaz:

El traidor Bureau y otros varios se embarcaron anoche en el vapor austríaco que salió para Orleáns.\* La fuerza española y francesa se disolvió hoy, y también se embarca esta noche en el *Tabasco*. Pérez Gómez se hizo cargo de la situación y la puso en manos de los cónsules, y éstos a su vez en el ayuntamiento, que abrirá las puertas de la ciudad mañana a nuestras fuerzas, con lo cual queda terminada esta penosísima campaña. La guarnición mexicana queda prisionera.

(Ramón) Benavides

---

\* Nueva Orleáns.



VERACRUZ ES OCUPADA POR LA REPÚBLICA

Remitido de Casa Mata

Recibido en México, junio 27 de 1867, a las siete y dieciocho minutos de la noche.

Ciudadano general en jefe:

La división del estado de Veracruz tiene el honor de presentar a usted la plaza de Veracruz, rendida a discreción. Acaba de ser ocupada por una parte de las fuerzas sitiadoras a las órdenes del ciudadano coronel Milán y mañana verificará su entrada el resto.

Felicito a usted, y al Supremo Gobierno, por el completo triunfo de la causa nacional.

Alejandro García

PROCLAMA DEL GENERAL  
ALEJANDRO GARCÍA

Alejandro García, general de división, en jefe de la del estado de Veracruz, a las fuerzas de su mando:

Compañeros de armas, la heroica Veracruz, la que siempre fue centinela avanzada de la independencia y de la libertad, hoy se ve libre de la opresión y del oprobio con que los extranjeros y algunos espurios mexicanos pretendieron manchar sus gloriosos timbres.

Después de cinco días de fatiga, de esfuerzos y de abnegación, habéis conquistado el laurel que anhelabais, clavando la enseña de la República en este recinto y proclamando con vuestros vivas el triunfo definitivo y completo de nuestra querida patria.

Dignos hijos del estado de Veracruz, yo os saludo, habéis cumplido con vuestro deber, y os doy las gracias porque me habéis acompañado en la obra que constituía todo mi afán, restituir al estado su autonomía. Pronto se sabrán vuestros sufrimientos, abnegación, valor y constancia y vuestros hermanos os harán justicia.

Estad alegres y orgullosos, porque la gloria de este día es la más digna recompensa de vuestros trabajos y de ella participa entusiasmado vuestro compañero y amigo.

H. Veracruz, junio 28 de 1867.

Alejandro García

EL GENERAL GARCÍA SE PREOCUPA POR ALIVIAR  
LA SITUACIÓN DE LOS HABITANTES DE VERACRUZ

El ciudadano Alejandro García, general de división, en jefe de la del estado de Veracruz y gobernador y comandante militar del mismo estado, a sus habitantes, sabed:

Que deseando aliviar cuanto antes las necesidades que experimenta el vecindario de la H. Veracruz, por la escasez de víveres y efectos de primera necesidad que no han podido introducirse durante el dilatado tiempo en que ha estado sitiada, y dar así una prueba del interés con que ha procurado y procura el gobierno mejorar la condición de los ciudadanos, borrando hasta las huellas de sus pasados sufrimientos, en uso de las facultades de que se halla investido, decreta:

Artículos único.—Son libres del pago de toda clase de derechos, por el término de quince días, contados desde la publicación de este decreto, las carnes, harinas, azúcar, maíz, arroz, frijol, manteca, carbón, sal y todos los demás comestibles de primera necesidad que se introduzcan en la ciudad de Veracruz, siempre que no sean procedentes de algún puerto extranjero.

Imprímase, publíquese y circúlese para su observancia. Dado en la H. Veracruz, a 28 de junio de 1867.

Alejandro García

R. B. Suárez  
Secretario

PRINT SE DEFIENDE DE ACUSACIONES FALSAS

Bruselas, junio 25 de 1867

A Mr. Berryer,  
diputado al cuerpo Legislativo  
París

Señor mío:

El eco que vibra en la tribuna francesa, retumba en el mundo entero, y cuando los que la ocupan se llaman Favre, Thiers o Berryer, la palabra multiplica su autoridad, porque los lectores se ven arrastrados a darle crédito.

En la sesión del viernes último dijo usted, con más arrebató que exactitud, hablando de la expedición de México, que esa empresa fue soñada en Vicky por el mismo general Prim que después ha querido trastornar la España. Y como yo estoy decidido a no dejar pasar sin rectificación nada de lo que me concierne, cuando no es exacto, ora haya intención de ofenderme, ora proceda de errores involuntarios, me veo en la necesidad, a pesar mío, de rectificar la frase que dejó transcrita.

No es verdad que yo haya concebido semejante ensueño. Las palabras escritas por una persona augusta, que usted ha interpretado a su manera, se referían a un deseo mío, tan digno de la Francia como de mi país.

No comprendo tampoco la analogía que lógicamente puede existir entre mis actos en aquella expedición como jefe de las fuerzas españolas y mi actitud francamente revolucionaria con respecto a la España de hoy. Permítame usted que se lo diga; no le toca al conspirador francés de 1831 inculpar al revolucionario español de 1866.

Aquel que hizo cuanto pudo para renovar la guerra civil a nombre de un principio y de una familia que habían acabado ya para la Francia, libre, no tiene autoridad para tratar de perturbador al que se ha visto forzado, arrastrado por la irresistible lógica de las cosas, a lanzarse en la vía de los hechos, después de haber agotado todos los medios legales para afirmar la conquista de nuestra revolución con el objeto de dar a España la vida de la Europa civilizada. A nombre de estos principios, que son nuestros derechos y con el concurso del gran partido liberal, he empuñado la espada, no para trastornar a mi patria como quiere usted decir sino para acabar de una vez con un orden de cosas que apoyándose en la teocracia y viviendo la vida de la inmoralidad y de la fuerza brutal, la conduce a su ruina en el interior y a su descrédito en el extranjero.

Para concluir permítame usted hacerle observar la diferencia que existe entre nuestras respectivas situaciones. Ignoro lo que el porvenir reserva a la Francia; pero de una cosa estoy seguro y es de que nunca se dejará seducir por el grande orador del derecho divino, y estoy seguro también de que la España restablecerá la libertad que conquistó en otro tiempo a costa de su sangre más preciosa que lentamente se le arrebató. Dios mediante, lo verá usted antes de morir.

Soy de usted con la mayor consideración, obediente servidor.

(Juan Prim)  
El conde de Reus

LERDO DE TEJADA SOLICITA SE LE ENVÍE  
EL ARCHIVO DE JESÚS TERÁN

(Señora doña Josefa Terán)  
(Aguascalientes)

Se sirvió usted manifestarme en carta particular de 22 de abril último, que el finado señor don Jesús Terán, hermano de usted, le dejó varios papeles interesantes al gobierno, con encargo especial de entregarlos en tiempo oportuno. También se sirvió usted preguntarme a quién podría entregarlos, si aún los conservaría usted en su poder.

Por lo que me manifestó usted en su carta, vi que no había llegado a conocimiento de usted comunicación que dirigí al señor don Luis Maneyro, en Burdeos, cuando me participó el muy sensible fallecimiento del señor Terán en París, el día 25 de abril del año próximo pasado.

Deseando ahora transmitir a usted aquella comunicación, he tenido necesidad de esperar a que pudiera tomarse del archivo del gobierno que ha venido de Chihuahua y, por ese motivo involuntario, he retardado dirigir a usted mi respuesta.

Dicha comunicación al señor Maneyro, fechada en Chihuahua, el 9 de julio del año próximo pasado, fue como sigue:

"El ciudadano presidente de la República se ha impuesto con profundo, etc."

Al transmitir a usted ahora la comunicación que precede, cumpla un encargo especial del ciudadano presidente de la República, manifestando a usted su más grande sentimiento por la pérdida del señor Terán, que prestó a la patria tan distinguidos servicios.

El gobierno da a usted las debidas gracias por haberse servido cuidar de los papeles que le dejó el señor Terán y estimará a usted que se

sirva poner el paquete que los contenga, a disposición del ciudadano administrador de correos de esa ciudad, para que él cuide de remitirlos a este ministerio, según le encargo en oficio de esta fecha.

Tengo la honra de protestar a usted mi muy respetuosa y muy atenta consideración.

Independencia y libertad. San Luis Potosí, junio 26 de 1867.

(Sebastián) Lerdo de Tejada